



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

La inteligencia es apartarse del mal

Exposición del Mensajero del Eterno

LEEMOS en el libro de Job: El temor de Dios es la sabiduría. La historia de Job es sumamente interesante. En otro tiempo no la podíamos comprender bien; es solamente el conocimiento de la verdad que nos ha permitido poner bien en su lugar todos los pensamientos que en ella están contenidos.

Job se ganó una reputación proverbial por su paciencia y por su sumisión al Eterno. Por eso, cuando no se conoce la verdad, no se puede comprender por qué razón un hombre tan íntegro como Job tuvo que soportar sufrimientos tan terribles como los suyos.

Se podría pensar que el resultado de su buena línea de conducta debía de ser la prosperidad y la bendición. No obstante, la historia de Job refiere también que sus hijos se conducían muy mal y que llevaban una vida de libertinos. Job lo sentía mucho, y cada vez que se enteraba de otra calaverada de uno u otro, pedía perdón por ellos.

Como que el hecho se repitiera a menudo, y que Job pidiera perdón por ellos, era también necesario que pagara en su favor, a causa de la ley de las equivalencias. Por este hecho, en un momento dado Job se vio confrontado con una terrible prueba. Todos sus hijos perecieron, fueron aplastados bajo las ruinas de su casa derribada por un huracán.

Cuando le llegó la noticia a Job, le apenó sobremanera. Después el adversario se abatió sobre él personalmente. Se vio cubierto de pies a cabeza con úlceras purulentas, que le hacían sufrir horriblemente. Día y noche se veía obligado a rascarse las úlceras con un casco de tiesto. El libro de Job cuenta que tres de sus amigos vinieron a visitarle durante su terrible enfermedad.

Al verle sufrir tan atrozmente, permanecieron siete días sin dirigirle la palabra. Después trataron de consolarlo, diciéndole que debía de ser culpable, y que, si esta terrible prueba se abatía sobre él, era porque seguramente había pecado gravemente contra el Eterno. Le hablaron con gran sabiduría, pero ésta no era divina. Por eso Job les dijo: "Sois todos vosotros médicos nulos".

La verdad, como lo digo más arriba, es que Job había hecho propiciación por sus hijos, sin darse cuenta de la equivalencia que iba a intervenir automáticamente. Job, pues, tuvo que pagar por sus hijos. Lo hizo con la equivalencia o el pago que le acaeció con sus terribles dolores, porque se había aventurado en un camino desconocido, sin pensar en el pago que correspondía dar.

Después de sus experiencias y de sus dolores soportados con paciencia, Job oyó la sentencia de Eliú. Este le hizo comprender cosas que le

estaban todavía ocultas. Job se humilló entonces y el Eterno le hizo sentir toda su bendición, y dijo a los amigos de Job: "No habéis hablado de mí lo respeto, como mi siervo Job, que orará por vosotros para que no seáis tratados conforme a vuestra insensatez".

En los Salmos encontramos un pensamiento parecido a las palabras de Job: "El temor de Dios es la sabiduría, y el apartarse del mal, la inteligencia." En el Salmo 111 se dice: "El principio de la sabiduría es el temor de Dios." Evidentemente, para realizar este pensamiento, es preciso saber, por una parte, qué es el mal y, por otra, qué es el bien.

En general, los seres humanos no saben hacer la diferencia entre el bien y el mal. No se dan cuenta de los efectos producidos por el mal a causa de las equivalencias: si no, dejarían de hacer el mal. Pero, al estar sumidos en las tinieblas, no comprenden nada de los caminos divinos.

Estamos grandemente privilegiados de conocer la verdad; pero somos también responsables de poner en práctica lo que conocemos. Salomón enseña que la verdad se manifiesta en la ley divina, y da este consejo: "Átala a tu cuello, escríbela en las tablas de tu corazón." Esto requiere desarrollar en nosotros la espiritualidad, porque es indispensable para comprender el lenguaje divino, que es totalmente diferente del lenguaje de los seres humanos.

Como lo sabemos, Job no era israelita. Vivía en el tiempo de Abraham. No formaba parte de la descendencia carnal de Abraham, pero tuvo la aprobación del Eterno, que le dio su bendición, porque su espiritualidad era suficiente para recibirla. Como lo vemos, la descendencia según la carne no tiene valor, porque sólo cuenta lo espiritual.

Podemos ser de la descendencia de Abraham según la carne, y no tener ningún contacto con Dios, como es el caso actualmente para el pueblo judío. Esto lo debemos tomar muy a pecho, porque nos muestra la importancia capital y primordial del desarrollo de la espiritualidad en nosotros, si queremos tener comunión con el Omnipotente. Tan pronto como nos desenvolvemos en lo espiritual, comenzamos a comprender al Señor.

Es menester que podamos sentir toda la grandeza del programa divino y que nuestro corazón vibre de gratitud por el Eterno, a fin de traerle alabanzas que le honren. No es El quien cosecha una ventaja cualquiera de las alabanzas que le traemos, sino que somos nosotros que nos beneficiamos.

Así realizamos el circuito que nos permite recibir la bendición. En cuanto al Eterno, si nosotros no le alabamos, su honor no es ami-

norado por ello. Si no estamos de acuerdo con El, sólo afecta a nosotros.

En efecto, somos un grano de polvo imperceptible en el seno del universo, que está sometido al Eterno y a sus leyes. Toda la humanidad no es más que una gotita de agua en comparación con el inmenso océano que representa el universo.

Es sólo una gotita, pues, que está en desacuerdo con el Eterno. Hay igualmente los ángeles caídos que están en desarmonía con El, pero éstos sólo representan también una ínfima parte de la creación celestial. Se mueven al margen de los millones de ángeles y seres celestiales que alaban y glorifican al Eterno, y que le son sumisos y apegados.

Actualmente, la tierra es una estación de ensayo en la que los seres humanos están puestos contra la pared, y también los seres espirituales caídos asociados al dios de este mundo, al antiguo querubín protector de alas abiertas. El había de conducir y proteger a los seres humanos y a los ángeles que estaban con él. Se rebeló contra Dios y sedujo a los seres humanos y a un pequeño número de ángeles que le siguieron.

En el seno de su desafortunado reino no hay ninguna armonía. Los ángeles, convertidos en demonios, se rebelan a su vez, y los seres humanos también, de suerte que el adversario no tiene para servirle más que una multitud de súbditos insubordinados. Es por lo que se ve obligado constantemente a inventar toda clase de estratagemas, de hacerles una cantidad de concesiones para hacer durar artificialmente su poder, y lo más tiempo posible. Todos tendrán un día la ocasión de pronunciarse libremente, de humillarse, de volver a Dios y de reformarse completamente.

Tanto los ángeles caídos como los seres humanos tienen ahora esta posibilidad. Seguramente que hay muchos ángeles caídos que tienen el profundo deseo de volver a entrar en armonía con el Eterno. El apóstol Pedro nos dice que el Señor Jesús descendió a las regiones inferiores de la tierra para predicar a los espíritus encarcelados.

Por tanto, no solamente anunció Jesús la buena nueva a los seres humanos, sino también a los seres espirituales caídos. En efecto, no sólo pagó el rescate por los seres humanos, sino también por los ángeles caídos.

Es una obra inefablemente bella y grandiosa que cumple el Hijo muy amado de Dios. Ya en el antiguo pacto, el símbolo de esta obra incomparable fue establecido e ilustrado por el gran perdón, durante el día de propiciación. Era una fiesta solemne en el pueblo de Israel, y la renovaban cada año en la misma época. En

ese día sacrificaban el toro, el macho cabrío a Jehová y el macho cabrío a Azazel.

Estos eran los símbolos del sacrificio de nuestro querido Salvador —que más adelante él realizaría—, del pequeño rebaño y también de la gran compañía. El sacrificio de nuestro querido Salvador, con el de su pequeño rebaño, constituyen de esta manera el sacrificio definitivo, que no necesita más ser renovado, porque es la consumación práctica y válida del rescate. Su valor será eterno.

Como miembros del cuerpo de Cristo, pues, hemos de realizar el ministerio del sacerdocio, que es un ministerio de propiciación. Para lograrlo, es preciso absolutamente ejercitarnos en solucionar todas las cosas a la manera divina y nunca de otro modo.

Debemos interceder por los culpables, tener entrañas de misericordia para todos en nuestro entorno. Es de una importancia capital que tomemos esto muy a pecho y que sin más tardar nos pongamos a obrar en esta dirección. El tiempo corre y está el momento del examen de cuentas en la puerta.

Puesto que somos introducidos en los caminos divinos, tenemos todas las facilidades para reconocer nuestro camino. Podemos, pues, realizar la voluntad del Señor y beneficiarnos de su protección en el cumplimiento de nuestro ministerio de sacerdotes.

El Señor no nos ha dejado huérfanos, el nos ha enviado el espíritu de consolación, y nos ha dado el conocimiento de la verdad. Si bien los seres humanos sienten temor, los hijos de Dios no están en tal situación de corazón.

Malaquías dijo: “He aquí viene el día ardiente como un horno, y todos los altivos y todos los que hacen maldad serán estopa; mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia, y en sus alas traerá salvación. Por tanto, sólo depende de nosotros no ser de los altivos ni de los malos.

Como hijos de Dios, deberíamos ser continuamente humildes, bien dispuestos y, en lo íntimo de nuestro corazón, estar deseosos de realizar toda la grandeza de la obra del Eterno. En tal caso ¿qué podríamos temer? Absolutamente nada.

Job habló del temor del Eterno, que representa la sabiduría. David se expresó también en términos semejantes, y empleó igualmente la palabra temor. Pero las instrucciones que hemos recibido y el conocimiento de la ley universal nos dan el discernimiento necesario para comprender el lenguaje de la Biblia.

En otro tiempo creíamos que Dios había creado al hombre a su imagen espiritual. Mas ahora sabemos que es el organismo del hombre que es formado conforme a la ley divina. En cuanto a su mentalidad, es el hombre mismo el que se la forma, según las impresiones que recibe y las que emite, y también según los hábitos que contrae.

Si seguimos los caminos divinos, formaremos nuestra mentalidad a la imagen de Dios, y por este hecho llegaremos a ser viables. Pero si seguimos los principios del adversario, adquirimos también su mentalidad, la cual se repercutirá en el organismo físico como un veneno y lo destruirá.

Verdaderamente, el conocimiento de la verdad nos permite hablar un lenguaje tan claro que ni siquiera los insensatos pueden extrañarse más. Sólo necesitamos un corazón bien dispuesto, y no oponer resistencia a la verdad. Es el misterio de la piedad que ha descubierto el misterio de la iniquidad.

Ahora sabemos que santidad significa simplemente altruismo, y que iniquidad significa egoísmo. El altruismo produce la pureza y nos hace vivir, el egoísmo mancha nuestro corazón y nos lleva a la muerte. El egoísmo contrae nuestros nervios sensitivos, y esa contracción obra de una manera desastrosa sobre nuestros nervios motores. Es así como la máquina humana se desorganiza y el resultado es la enfermedad, manifestando sus estragos.

Los caminos divinos son justo lo contrario de lo que practican los seres humanos. Ellos dan valor a cosas que no lo tienen, y desprecian las cosas que les harían felices y viables.

En el mundo consideran a los ricos como felices y privilegiados, porque tienen a su disposición toda clase de medios, ventajas y comodidades. Pero en los caminos divinos los ricos son considerados como más infelices que los pobres.

¿Por qué es así? Porque para ser discípulo de Cristo los ricos deberían desembarazarse de sus riquezas, y no tienen el valor de hacerlo. En cuanto a los pobres, no tienen necesidad de desembarazarse de unas riquezas que no poseen. Por tanto, no han de dar ese paso que retiene a la mayoría de los ricos, y les impide acercarse al Eterno.

Además, hay otros pasos que han de dar los ricos. Estos últimos están íntimamente ligados a su situación privilegiada en el mundo. Han cursado estudios en las altas escuelas universitarias y tienen el cerebro atiborrado de toda clase de cosas, de las cuales les conviene también desprenderse, porque son malas y tienen como base el egoísmo.

En efecto, resulta tan difícil para esas personas que, nueve veces de diez, no tienen el valor de hacerlo. Es por lo que nuestro querido Salvador oró a su Padre diciendo: “Gracias te doy, Padre, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los pequeños de este mundo.”

La sabiduría humana es una locura. La sabiduría verdadera comienza por el temor del Eterno; para hablar más claramente, la sabiduría empieza en un ser humano cuando siente amor por el Eterno. Por cierto, nosotros hemos recibido muchas enseñanzas sobre los caminos divinos, pero esto no significa que estemos en la luz y que amemos al Eterno. Sólo estamos en la luz cuando empezamos de veras a vivir altruistamente.

Tenemos, pues, un trabajo fantástico que hacer en nuestro corazón, para dejar a un lado todo el egoísmo que se encuentra aún en él. Si bien hemos dado ya ciertos pasos, queda aún en nosotros montones de egoísmo, y todo debe desaparecer. Para luchar eficazmente contra nuestro egoísmo, es menester que seamos abastecidos por el espíritu de Dios. En el mundo todo es egoísmo, y cuando queremos vivir como altruistas, entramos inmediatamente en conflicto con el espíritu del mundo.

El Señor nos muestra la verdad, no desea que le sigamos ciegamente. El nos hace oír su llamado, pero nos dice también que reflexionemos. Nos dice que, si un hombre quiere construir una torre, se siente primeramente y calcule el costo de ella, para ver si tiene con qué construirla.

El Señor nos invita a hacer lo mismo con el llamado que nos dirige. Nos dice: “Reflexionad si queréis seguirme; ¿queréis renunciar a vosotros mismos o preferís el camino ancho que conduce a la destrucción?”

Si somos serios con nuestro compromiso, el

Señor podrá asistirnos y bendecirnos abundantemente. El podrá hacernos triunfar completamente. José quiso seguir los caminos divinos; para esto tuvo que sufrir las persecuciones de sus hermanos. Pero como permaneció fiel, es él quien finalmente pudo traer la bendición a toda su familia, y ésta se vio obligada a buscarla a su lado.

Si hacemos como José, tendremos la bendición como él. Si queremos seguir encallados en nuestro atolladero de egoísmo y de maldad, iremos simplemente al encuentro de lágrimas y de una completa decepción. Es evidente que vivir el programa divino significa renunciar a nosotros mismos, no hacer resaltar las imperfecciones de nuestros hermanos y hermanas, sino cubrirlas noblemente.

Es a esto que somos llamados. Nuestro ministerio implica ser reparadores de brechas, un sostén, un estímulo, un gozo y un consuelo para todos aquellos que se nos acerquen. Si no lo somos, es que no hemos cumplido fielmente con nuestro ministerio.

Por lo tanto, es un ejercicio diario que se trata de seguir, porque debemos contar con nuestro carácter, que es aún muy defectuoso. No podemos, pues, esperar transformarnos de la noche a la mañana. Las experiencias y las pruebas son necesarias, porque son instructores por excelencia.

En varias ocasiones nos hemos encontrado con situaciones en las cuales el socorro no podía venirnos más que del Eterno. Cuando hemos sentido que su mano amable nos libraba de la adversidad, esto nos ha afirmado mucho más que instrucciones teóricas. Son tesoros que enriquecen nuestro corazón y que nos dan una estabilidad admirable en la fe y en la confianza en el Eterno.

Por eso, queremos tomar a pecho la amable recomendación que nos dice de temer al Eterno, es decir, amarle. Ya Moisés dijo en el decálogo: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todos tus pensamientos.”

Entonces podremos sentir cuán verdadera es la seguridad que el Señor nos da: “Destierra la inquietud, porque no hay nada que temer.” Iremos así de gozo en gozo y de progreso en progreso y finalmente llegaremos a ser completamente incommovibles.

Para esto hay que buscar solamente el socorro en el Eterno. El ha de ser nuestro todo, y sólo debemos confiar en El. Entonces podemos estar seguros de tener éxito.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos tenido reflejos divinos, progresado en la gratitud, la humildad y la bondad?
2. ¿Hemos mantenido los principios divinos de la verdad, sido valientes en el combate y sentido así mucha alegría?
3. ¿Cuáles han sido nuestras victorias sobre el egoísmo, el orgullo y las sugerencias del adversario?
4. ¿Han atraído a nosotros la espiritualidad divina nuestros esfuerzos de altruismo?
5. ¿Hemos sido fieles a nuestros votos, podido vencer el mal con el bien, sido veraces, misericordiosos y tiernos?
6. ¿Hemos logrado las lecciones de amor y traído la nota del Reino?